secretamente con cuantos quería; y con todo esto andaban los indios tan solícitos y inquietos que de noche y de día procuraban de sacarle, horadando a cada paso las paredes y echando fuego por las azuteas. Mandó Cortés, por esta causa, a Rodrigo Álvarez Chico, hombre valiente y vigilante, que con sesenta soldados guardase la casa por las espaldas, haciendo los cuartos de veinte en veinte, y que Andrés de Monjaraz hiciese lo mismo por delante del palacio, con otra tanta gente. Era el servicio que allí tenía Motecuhzuma de gran señor, porque la comida que se le llevaba con los platos, los hombres de cuatro en cuatro ocupaban gran trecho; iban con los platos levantados, con gran reverencia y después de haber comido todo el servicio se repartía entre los caballeros que le servían y los castellanos que le guardaban; era la cama de muchas y muy ricas mantas de algodón, unas muy delgadas, otras basteadas como colchones y cubiertas con otras de pluma, riquísimas, y de pelos de conejo, que son muy calientes y blandas, que por ser de naturales colores y diferentes parecían bien; y la cama estaba sobre esteras y tarimas de madera, todo acomodado conforme al calor y al frío. Cacama, rey de Tetzcuco (que a la sazón estaba en esta ciudad de Mexico), viendo preso a su tío Motecuhzuma y que se dilataba su libertad y que el rey no sólo no la procuraba pero que parecía estar contento en su prisión, determinó de irse a la suya de Tetzcuco, donde llevó consigo a su hermano Coanacotzin, que también estaba acá; y esta ida era con ánimo de juntar gente, para venir contra Cortés, porque como este mancebo era de ánimo valeroso tenía a grande afrenta ver tan pocos hombres hechos ya señores de tantos, pareciéndole que con facilidad los vencería y aun se haría señor absoluto de todo el imperio.

CAPÍTULO LI. *De algunas particularidades sucedidas durante la prisión de Motecuhzuma y de cosas en que mostró su muy grande y generoso pecho este excelentísimo monarca*

ENÍA PARTICULAR CUIDADO Fernando Cortés en que sus castellanos hablasen y tratasen a Motecuhzuma con singular reverencia y acatamiento, como convenía a tan gran príncipe, y daba en esto mucho ejemplo, porque siempre que entraba a visitarle le hacía una y muchas reverencias hasta el suelo, con que pareció que sosegó mucho su ánimo. Rogóle muchas veces con la libertad, diciendo que si era servido se podría volver a su palacio porque no le tenía preso; respondía que estaba bien y se lo agradecía, porque no echaba menos cosa que perteneciese a su servicio; y que recibía contento en estar allí, por tener más ocasión de tratar mucho a los castellanos, a los cuales cada día más se iba aficionando, porque sus costumbres le parecían bien; y porque podría ser que volviéndose a su aposento los suyos, teniendo más libertad de hablarle, le importunasen a que hiciese alguna cosa contra su voluntad, que fuese en daño de los caste-

llanos. Salía Motecuhzuma de el aposento, acompañado de algunos soldados a visitar los templos, a quien los más señores y más nobles veneraban y acataban más; asimismo se iba a holgar y a pasar tiempo a ciertas casas de placer que tenía en la campaña de la ciudad, una o dos leguas, volviéndose siempre a dormir al aposento. Iba en canoas grandes, que en cada una cabían sesenta hombres; delante de la suya iba una pequeña con uno o dos remeros y un indio ricamente vestido, en pie, llevaba las tres varas de oro atadas, levantadas en la mano, a manera de guión real. Iban en su guarda los bergantines, que fueron los primeros que Martín López hizo, los cuales quemaron después los indios cuando Cortés fue contra Narváez. Iban en esto los castellanos muy bien apercibidos, porque entonces era el tiempo cuando podían ser más ofendidos. La caza a que Motecuhzuma iba por la laguna era a tirar a pájaros y a conejos con cerbatana, de la cual era diestro. Otras veces salía a los montes a caza de fieras con redes, arcos y flechas y a caza de altanería; pero no la usaba mucho, aunque por grandeza tenía muchas águilas reales y otros muchos pájaros muy hermosos de rapiña. Cuando iba a caza de montería le llevaban en hombros con las guardas de castellanos y tres mil indios tlaxcaltecas, que por ser sus antiguos enemigos era imposible que no sintiese mucho el verlos. Acompañábanle los señores, sus vasallos, banqueteaba a todos con mucha gracia, dando a los unos y a los otros muchos dones y haciéndoles muchas mercedes. Era tan aficionado a dar y con los que bien le parecían tan liberal que Cortés le dijo un día que los castellanos eran traviesos y que como nunca andaban quedos escudriñando la caza, habían tomado cierto oro y otras cosas que hallaron en unas cámaras, que viese lo que mandaba hacer de ello. Esto era lo que él había descubierto cuando mandó abrir aquella puerta. Motecuhzuma respondió: eso es de los dioses de la ciudad; pero dejen las plumas y cosas que no son de oro ni plata y lo demás tomadlo para vos y para ellos y si más queréis más os daré. Era tan grande esta riqueza (según dice Alonso de Ojeda en sus *Memoriales)* que no se podía estimar ni decir el cuánto de ella, porque la vio con sus ojos y le pareció inmensa.

Llamaron los castellanos a aquellos aposentos, donde esta riqueza estaba, la joyería. Las cajas donde la ropa estaba eran tan grandes que llegaban a las vigas de los aposentos y tan anchas que después de vacías se alojaban en cada una dos castellanos. Sacaron al patio más de mil cargas de ropa; quísolas volver Cortés a Motecuhzuma, pero no lo permitió, diciendo que lo que una vez daba no lo había de tornar a recibir. Repartió Cortés esta ropa entre los soldados como le pareció; y porque no es justo dejar de decir cosa que sea notable, entre otras, que de la policía de Motecuhzuma se ponderan, fue tener gran cuenta con la limpieza de Mexico, que por lo menos en cada calle andaban mil hombres barriéndola y regándola, poniendo de noche por trechos grandes braseros de fuego, y en el entretanto que unos dormían, velaban otros; de manera que siempre había quien de noche y de día tuviese cuenta con la ciudad y con lo que en ella sucedía. Cortés, que en todo era muy mirado, viendo que los naborías (que son indios de ser-

vicio) hacían grande costa a Motecuhzuma, mandó que se recogiesen y que no quedase más de una india a cada castellano para que le guisase de comer, y que las demás se pusiesen en parte donde no comiesen a costa de Motecuhzuma; y que esto fuese fuera de la ciudad, porque Motecuhzuma y los suyos no recibiesen pesadumbre. No pudo Cortés hacer esto tan secretamente que el rey no lo entendiese, el cual le envió a llamar y con palabras graves y amorosas, le dijo que estaba maravillado de que le hubiese tenido en tan poco, que por no hacerle gasto mandase echar los naborías fuera de la ciudad y que mirase lo que dirían los que conocían su grandeza; y acabadas de decir estas palabras, antes que Cortés le respondiese, mandó a ciertos principales que allí estaban, que luego pusiesen a los naborías de los castellanos en unos aposentos muy buenos y que cada día se les diese doblada ración de la que habían menester. Cortés le besó las manos por ello, pidiéndole perdón si en algo había errado; diciendo no haber sido su intención de servirle. Tuvo también cuenta Motecuhzuma con el servicio de los castellanos, que aun hasta para proveerse de las necesidades naturales les señaló unas casas, que por esto se llamaron de el maxixato, que quiere decir, de el proveimiento natural, con las cuales ciertos indios tenían gran cuenta para que siempre estuviesen limpias y ajenas de mal olor.

CAPÍTULO LII. *De la liberalidad de este monarca y príncipe Motecuhzuma, y de un caso en que se mostraba severo con los suyos, y que Cortés le habló de la religión cristiana*

COMO LA CASA DE EL ALOJAMIENTO donde los nuestros estaban era muy grande, entrando Alonso de Ojeda por ciertos aposentos halló en uno muchos costalejos de a codo, llenos y bien atados; tomó uno y sacólo fuera (por ventura, pareciéndole que sería oro en polvo), y abriéndole delante de algunos de sus compañeros, con cuidado de lo que sería, halló que estaba lleno de piojos, y afirmando que esto era verdad le ataron de presto; y espantados de aquella extrañeza, contáronlo a Cortés el cual preguntó a Marina y Aguilar lo que quería decir cosa tan nueva; respondieron que era tan grande la sumisión que al rey hacían todos, que el que de muy pobre o enfermo no podía tributar estaba obligado a espulgarse cada día y guardar los piojos para tributarlos, en señal de vasallaje y que como había gran número de gente menuda, así había muchos costalejos de piojos; cosa la más peregrina que se ha oído y que más muestra la sujeción en que Motecuhzuma tenía su reino. Hay quien diga que no eran piojos, sino gusanillos; pero Alonso de Ojeda en sus *Memoriales*, lo certifica de vista, y lo mismo Alonso de Mata. Era este rey con los castellanos tan afable y amoroso, que jamás pasó día en que no hiciese merced a alguno; especialmente quería mucho a un Peña, con el cual burlándose muchas veces le tomaba el bonete de la cabeza y echándole de una azotea